

Al despertar, por un minuto, creí que estaba de vuelta en casa, que mi hija vendría a pedirme que la llevara al parque y que en la cocina me esperaría mi mujer con su café recién hecho. Lamentablemente, la realidad, en forma de hedor nauseabundo, golpeó fuertemente mi cara. No volvería jamás, ahora lo más parecido a un hogar era aquel campo de concentración. Pensé en cómo, días atrás, habían entrado en mi tienda de comestibles y me habían apresado sin hacer preguntas. Intenté recordar cuánto tiempo había sucedido desde entonces, me parecían años lo que, probablemente, sólo fueran semanas.

Una música, que en cualquier otro momento de mi vida me habría resultado agradable, retumbó fuertemente en mi cabeza. Empezaba otro terrible día en aquel lugar. Al ponerme en pie sentí quebrarse todo los huesos de mi cuerpo. Las largas jornadas de trabajo habían causado estragos en mí.

No había logrado sobreponerme cuando uno de los guardias irrumpió en la habitación informando a los treinta que compartíamos celda de que nos vistiéramos y bajáramos rápidamente a la mina a continuar nuestro trabajo. Me vestí e hice lo que me habían ordenado.

Pasé el resto del día cargando piedras junto a los demás presos. Cada vez quedábamos menos. Unos habían muerto a causa del esfuerzo que les suponía aquel trabajo, otros habían sido asesinados por desobediencia o, directamente, porque habían dejado de ser productivos. Mis ojos habían presenciado tanta sangre, muerte y miseria que mi cerebro se había hecho inmune, se negaba a procesar las desgracias que ocurrían a su alrededor para poder seguir con el trabajo y así, poder sobrevivir un día más a aquel lugar.

Cuando quedaba sólo una piedra para poner fin a aquel calvario por unas horas, me incliné y noté que algo no marchaba bien, mi espalda no respondía y era incapaz de recogerla. Fue entonces cuando noté unos fuertes golpes que provenían de los guardias. Me obligué a mí mismo a realizar el último esfuerzo de la jornada, sabía lo que sucedería si no lo lograba. Pensé en mi hija, en volver a estar junto a ella, en volver a ver esos ojos azules. Tenía que sobrevivir para volver a casa. Ese pensamiento me hizo sacar las pocas fuerzas que me quedaban y, al fin, lo conseguí. Había terminado la jornada.

Al llegar a la celda, los alemanes dijeron una serie de nombres entre los que se encontraba el mío y me obligaron a seguirlos. Nos condujeron hasta una especie de cuarto blanco. Observé que había una especie de duchas y una alegría inexplicable me invadió. Probablemente era una especie de premio a los reclusos que más tiempo llevábamos sufriendo. Vi lágrimas en el rostro de mis compañeros, cuando entendí que no eran de felicidad ya era demasiado tarde. Los nazis jamás premiarían a un judío. Aquello era mi final. Encendieron las duchas y un gas brotó de ellas haciendo que me faltara el aire poco a poco. Miles de imágenes asaltaron mi cabeza y el recuerdo de mi hija, que había sido fuente de esperanza en todo momento, hizo que corriera una lágrima por mi mejilla al tiempo que mi cuerpo sin vida se precipitaba contra el suelo.

Al despertar, por un minuto, creí que estaba de vuelta en casa, que mi hija vendría a pedirme que la llevara al parque y que en la cocina me esperaba mi mujer con su café recién hecho. Lamentablemente, la realidad, en forma de hedor nauseabundo, golpeó fuertemente mi cara. No volvería jamás, ahora lo más parecido a un hogar era aquel campo de concentración. Pensé en cómo, días atrás, habían entrado en mi tienda de comestibles y me habían apresado sin hacer preguntas. Intenté recordar cuánto tiempo había sucedido desde entonces, me parecían años lo que, probablemente, sólo fueran semanas.

Una música, que en cualquier otro momento de mi vida me habría resultado agradable, retumbó fuertemente en mi cabeza. Empezaba otro terrible día en aquel lugar. Al ponerme en pie sentí quebrarse todo los huesos de mi cuerpo. Las largas jornadas de trabajo habían causado estragos en mí.

No había logrado sobreponerme cuando uno de los guardias irrumpió en la habitación informando a los treinta que compartíamos celda de que nos vistiéramos y bajáramos rápidamente a la mina a continuar nuestro trabajo. Me vestí e hice lo que me habían ordenado.

Pasé el resto del día cargando piedras junto a los demás presos. Cada vez quedábamos menos. Unos habían muerto a causa del esfuerzo que les suponía aquel trabajo, otros habían sido asesinados por desobediencia o, directamente, porque habían dejado de ser productivos. Mis ojos habían presenciado tanta sangre, muerte y miseria que mi cerebro se había hecho inmune, se negaba a procesar las desgracias que ocurrían a su alrededor para poder seguir con el trabajo y así, poder sobrevivir un día más a aquel lugar.

Cuando quedaba sólo una piedra para poner fin a aquel calvario por unas horas, me incliné y noté que algo no marchaba bien, mi espalda no respondía y era incapaz de recogerla. Fue entonces cuando noté unos fuertes golpes que provenían de los guardias. Me obligué a mí mismo a realizar el último esfuerzo de la jornada, sabía lo que sucedería si no lo lograba. Pensé en mi hija, en volver a estar junto a ella, en volver a ver esos ojos azules. Tenía que sobrevivir para volver a casa. Ese pensamiento me hizo sacar las pocas fuerzas que me quedaban y, al fin, lo conseguí. Había terminado la jornada.

Al llegar a la celda, los alemanes dijeron una serie de nombres entre los que se encontraba el mío y me obligaron a seguirlos. Nos condujeron hasta una especie de cuarto blanco. Observé que había una especie de duchas y una alegría inexplicable me invadió. Probablemente era una especie de premio a los reclusos que más tiempo llevábamos sufriendo. Vi lágrimas en el rostro de mis compañeros, cuando entendí que no eran de felicidad ya era demasiado tarde. Los nazis jamás premiarían a un judío. Aquello era mi final. Encendieron las duchas y un gas brotó de ellas haciendo que me faltara el aire poco a poco. Miles de imágenes asaltaron mi cabeza y el recuerdo de mi hija, que había sido fuente de esperanza en todo momento, hizo que corriera una lágrima por mi mejilla al tiempo que mi cuerpo sin vida se precipitaba contra el suelo.